

Conocer el capital hoy
Usar críticamente *El capital*

Volumen 1

La mercancía, o la conciencia libre como forma de
la conciencia enajenada

Iñigo Carrera, Juan

Conocer el capital hoy. Usar críticamente *El Capital* | Volumen 1: La mercancía, o la conciencia libre como forma de la conciencia enajenada - 1ra ed. - Buenos Aires : Editorial Imago Mundi, 2007.

288 p. 20x14 cm

ISBN 978-950-793-066-9

1. Economía Política Psicoanálisis Marxismo. I. Título

CDD 335.43

Fecha de catalogación: 03/09/2007

©Diseño de tapa: Alejandra Spinelli

©2007, Juan Iñigo Carrera

©2007, Servicios Esenciales S. A.

Juan Carlos Gomez 145, PB Loft 3, (1282ABC) Ciudad de Buenos Aires

email: info@serviciosesenciales.com.ar

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

Tirada de esta edición: 1000 ejemplares

Este libro se terminó de imprimir en el mes de setiembre de 2007 en los talleres gráficos GuttenPress, Rondeau 3274, Ciudad de Buenos Aires, República Argentina.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito del editor.

Juan Iñigo Carrera

Conocer el capital hoy
Usar críticamente *El capital*

Volumen 1

La mercancía, o la conciencia libre como forma de
la conciencia enajenada



Índice general

Conocer el capital hoy. Usar críticamente <i>El capital</i>	1
La cuestión	1
Conocimiento y reconocimiento	2
I La mercancía, o la conciencia libre como forma de la conciencia enajenada	11
1. La razón del valor o precio según la economía política	13
2. La mercancía como relación social	23
2.1. El punto de partida de la crítica de la economía política: la especificidad social de la mercancía	23
2.2. La fuente del valor de las mercancías	25
2.3. La forma de valor	36
2.4. La unidad del proceso de metabolismo social establecida mediante la forma de valor del producto del trabajo social realizado de manera privada	43
3. La conciencia de los productores de mercancías, o sea, la conciencia libre que es forma concreta de la conciencia enajenada	55
4. La naturalización de la conciencia libre, o sea, el fetichismo de la mercancía	
(Primera parte)	
De la conciencia práctica a la teoría psicoanalítica	63
4.1. La conciencia práctica del productor de mercancías	63
4.2. La conciencia científica del productor de mercancías que parte de naturalizar su libertad	67
4.3. La teoría psicoanalítica	68
Freud	68
Lacan	81
5. La naturalización de la conciencia libre, o sea, el fetichismo de la mercancía	

(Segunda parte)**La economía política 93**

5.1. La economía política clásica	93
5.2. La economía neoclásica	96
5.3. La economía política neorricardiana	102
Sraffa	103

6. La naturalización de la conciencia libre, o sea, el fetichismo de la mercancía**(Tercera parte)****La economía política marxista 107**

6.1. La economía política marxista que concibe como natural lo que es propio de la forma social específica del trabajo humano en el modo de producción capitalista	108
Cockshott y Cottrell	108
Seton	109
Foley	109
Steedman	111
Sweezy	113
Mandel	114
La sustitución de la determinación real del valor por «el concepto del valor»	116
El paso desde el «concepto del valor» a las concepciones neoclásicas	119
El marxismo analítico (Roemer)	122
Lange	126
6.2. La economía política marxista que concibe como forma social específica del modo de producción capitalista lo que es propio de la materialidad del trabajo humano	129
Academia de Ciencias de la URSS	130
Del mercado socialista al socialismo de mercado	134
Shaikh	137
Benetti	138
Elson	139
Murray	140
Postone	144
Rubin	147
El marxismo «de la forma de valor» (Reuten)	164
El marxismo autonomista (De Angelis)	169

Holloway	176
Hilferding	180
6.3. De la economía política a la filosofía marxista	182
Lukács	183

7. La conciencia enajenada que avanza en su libertad al conocerse en su enajenación **189**

7.1. La conciencia enajenada que se niega como tal al conocerse en su determinación históricamente específica	189
7.2. La conciencia enajenada prisionera de su enajenación como pura crítica de ésta, o sea, nuevamente sobre la filosofía marxista	194
Althusser	195
Sartre	202
7.3. La necesidad de la conciencia enajenada que avanza en su libertad al conocerse en su enajenación	204

II El uso crítico de *El capital* como guía del proceso de reconocimiento **209**

8. La mercancía **211**

8.1. Los dos factores de la mercancía: valor de uso y valor (sustancia y magnitud del valor)	211
8.2. Doble carácter del trabajo representado por las mercancías .	227
8.3. La forma del valor o valor de cambio	240
8.4. El fetichismo de la mercancía, y su secreto	260

Conocer el capital hoy

Usar críticamente *El capital*

La cuestión

¿Leer *El capital*? La sola pregunta basta para evocar dificultad, complejidad, contradicción. ¿Acaso no hubo quien comenzó escribiendo un libro «para leer *El capital*», se vanaglorió sugiriendo que él no lo había leído íntegramente, y cerró el círculo contradictorio escribiendo el prólogo para una edición de *El capital* donde *recomendaba imperativamente* empezar por no leer toda la primera sección de la obra?

Ante la complejidad de la cuestión, nos llueven las propuestas de lecturas recortadas. Está el autor que nos propone «leer *El capital* políticamente». El que considera la suya una lectura «como filósofo». El que propone descartar todo lo que no haga a «fundamentos éticos». Por supuesto, si algo no falta son los autores que lo leen como un texto de «economía política». Hasta hay quien propone leerlo con la ligereza que implica no tener más pregunta concreta para hacerle que «el ver qué hay allí». Pero, ¿acaso la política, la economía, la ética, la filosofía no son todas ellas formas sociales, relaciones sociales, cuya unidad no puede escindirse sin mutilar absolutamente el contenido de cada una de ellas?

¿Será entonces cuestión de *interpretar* el texto en su unidad? ¿Nos dará la solución encarar la lectura con la intención de interpretar al mundo interpretando a Marx? Esta salida tampoco parece clara. En primer lugar, están quienes nos amenazan con la inevitable caída en «la más tosca interpretación de la teoría del valor, que contradice de plano la teoría de Marx» si nos atenemos literalmente al texto escrito por Marx. Pero, por sobre todo, ¿cómo pasar por alto la contraposición absoluta planteada por Marx entre *interpretar* al mundo y *cambiarlo*?

Si nos negamos a interpretar el texto, ¿cómo vamos a encararlo? ¿Lograremos enfocarlo de manera objetiva si seguimos la indicación autorizada de buscar en él su «Lógica (con mayúscula)»? Pero, entonces, ¿qué haremos con el rechazo explícito de Marx a operar mediante el desarrollo de contradicciones lógicas, por tratarse, la lógica, del «*pensamiento enajenado* que por ello hace abstracción de la naturaleza y del hombre real»?

¿No será mejor dejarnos llevar por quienes plantean que no tiene sentido leerlo porque se trata de «un modelo» correspondiente a la Inglaterra del siglo XIX pero que no es «aplicable» a, por caso, la Argentina actual? Más todavía, ¿acaso la comunidad de los científicos no considera *démodé* y obsoleto cualquier texto pasado un puñado de años desde su publicación, frente a la velocidad con que cambia la realidad?

Pero ¿qué? ¿Vamos a dejar de lado el texto y empezar un desarrollo *independiente* desde cero? Así difícilmente pasemos de descubrir otra vez la pólvora. Aunque, sin duda, peor sería seguir el planteo de los que nos proponen leer *El capital* para poder «crear con Marx» en la existencia de tal o cual relación social.

Para salir de tanto embrollo no nos queda a esta altura otro recurso que volver al punto de partida. ¿Y si sacamos a *El capital* de la condición de objeto de nuestra lectura y constituimos a nuestra necesidad de leerlo, hasta aquí simplemente presente desde el principio en su inmediatez, en el objeto del cual *El capital* debe dar cuenta? Pero, en este caso, ya no se trataría de *leerlo* sino de *usarlo* para dar cuenta de una necesidad que nos es propia. Así, nuestro punto de partida no puede ser otro que el enfrentarnos a las determinaciones que nos presenta de manera inmediata nuestra necesidad de utilizar *El capital* en el proceso de producir nuestra conciencia. Y lo primero que se pone en juego así, es la cuestión de la forma misma de nuestro proceso de conocimiento. De allí vamos, pues, a partir.

Conocimiento y reconocimiento

El conocimiento es el proceso en el que el sujeto vivo realiza un gasto limitado de su energía vital, es decir, de su materialidad corporal, con el objeto de apropiarse de la potencialidad de su acción respecto de las potencialidades del medio sobre el que va a actuar. De este modo, el sujeto vivo rige el gasto pleno de su cuerpo que necesita realizar para apropiarse, no ya virtualmente sino efectivamente, de su medio y, así, reproducirse a sí mismo. En otras palabras, el conocimiento constituye el momento de la acción en que ésta se organiza a sí misma al apropiarse virtualmente de su propia necesidad.

El proceso de vida humano tiene como determinación genérica la apropiación del medio a través del trabajo. Esto es, opera mediante el gasto del cuerpo aplicado a la transformación de medio, para recién después apropiarse del resultado de esta transformación a fin de reproducir el propio cuerpo. Esta determinación genérica no se restringe simplemente al traba-

jo, sino que tiene en su base el carácter social del mismo. Esto es, el gasto que un individuo realiza de su cuerpo para transformar al medio, su trabajo individual, tiene como resultado un producto que sirve para que otro individuo reproduzca el suyo, determinando así a dicho trabajo como un trabajo social. El proceso de vida humana es un proceso de metabolismo social fundado en el trabajo.

La complejidad del proceso de metabolismo social desarrolla la materialidad del conocimiento bajo una forma concreta que se torna constitutiva del ser genérico humano: la conciencia. La acción propiamente humana, el trabajo social, se rige necesariamente mediante un proceso de conocimiento que se conoce a sí mismo como tal, o sea, que se sabe a sí mismo el proceso de organización de la acción transformadora humana.

El conocimiento consciente es producto de la subjetividad individual de quien lo produce, rigiendo así su acción concreta. Pero no brota abstractamente de esa subjetividad. Ella es portadora de las potencias del proceso de conocimiento como producto, él mismo, del trabajo social en general y, para lo que importa específicamente aquí, del trabajo social aplicado al desarrollo del conocimiento consciente; esto es, del trabajo social aplicado a la organización misma del trabajo social.

Cuando un individuo avanza en su conocimiento sobre un concreto para él hasta entonces desconocido, realiza un proceso de conocimiento original desde su punto de vista individual. Pero en cuanto ese concreto ya ha sido conocido por otro individuo que le ha dado a su conocimiento una existencia social objetiva, y por lo tanto apropiable por la conciencia de los demás, dicho conocimiento original individual se encuentra determinado como un proceso de reconocimiento desde el punto de vista social. Cada proceso de conocimiento original individual adquiere así las potencias que le da el ser forma concreta de la reproducción del conocimiento social. Y, con su propia reproducción, el proceso individual mismo de conocimiento desarrolla las potencias propias de un proceso de reconocimiento. La potenciación de los procesos individuales de conocimiento consciente como procesos de reconocimiento desde el punto de vista social es la forma más genuinamente humana del desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social.

La forma de conocimiento humano más potente para transformar al medio en un medio para sí, es aquella que se enfrenta a las potencias del medio como a existencias cuya necesidad objetiva es exterior a la propia subjetividad, y que, al mismo tiempo, se enfrenta a sus propias potencias subjetivas como a existencias objetivas. Esto es, el conocimiento científico.

La representación lógica es la forma absolutamente dominante de la conciencia científica hoy día. Esta representación parte de tomar a las formas concretas como existencias cuya necesidad objetiva reside en el simple hecho de presentarse de manera exterior al sujeto. Luego, esta modalidad de conocimiento toma las formas concretas así reducidas y se las vuelve a presentar en su exterioridad, es decir, se las representa, como expresiones de una necesidad cuya objetividad está dada por la repetición misma de su existencia. De este modo, lo concreto resulta representado como conjuntos de existencias objetivas, en sí mismas producto de la primera representación, bajo la forma de categorías o conceptos. Por la misma forma con que ha quedado representada la necesidad objetiva en ellos, estos conceptos y categorías se encuentran vacíos de toda posibilidad de encerrar una necesidad que pudiera enfrentar al proceso de conocimiento, de aquí en más, como una potencialidad capaz de ponerse en movimiento por sí misma. Luego, para integrar estos conceptos y categorías en la construcción del conocimiento del concreto singular sobre el que se va a actuar, debe vincularse de manera exterior mediante una estructura general de relaciones de necesidad que se corresponda con la representación de la necesidad objetiva por la repetición misma de la existencia. Esta necesidad constructiva –construida a su vez mediante la abstracción de contenido concreto alguno fuera del reflejo de toda relación real como una relación necesariamente exterior–, que como tal interviene mediando en el movimiento de los conceptos y categorías que constituyen la representación, es la lógica.¹

Esta modalidad de conocimiento científico posee un enorme poder para regir la acción sobre el medio, a través de producir en éste diferencias cuantitativas de la magnitud que se sabe objetivamente producirá determinada transformación cualitativa. Pero, el primer freno que la representación lógica impone a su propia potencia transformadora, reside en que la exterioridad de su desarrollo ideal respecto de la necesidad real se vuelca sobre ella misma, forzándola a representarse como una instancia exte-

¹Marx pone en evidencia de manera inequívoca el carácter de la lógica:

La *lógica* [el *pensamiento especulativo* puro] es el *dinero* del espíritu, el valor pensado, especulativo, del hombre y de la naturaleza; su esencia que se ha hecho totalmente indiferente a toda determinación real y es, por tanto, irreal; es el *pensamiento enajenado* que por ello hace abstracción de la naturaleza y del hombre real; el pensamiento *abstracto*. La *exterioridad de este pensamiento abstracto*. . . (Marx, Karl (1844), *Manuscritos: economía y filosofía*, Alianza Editorial, Madrid, 1968, p. 190)

rior a la acción. Por un lado, el momento de la acción en que ésta se rige, queda representado como un proceso de conocimiento abstraído de la acción misma, esto es, como la producción de un conocimiento teórico. Por el otro, el momento de la acción en que ésta se apropia efectivamente del medio, queda representado como constituyente exclusivo de la acción, es decir como la pura práctica. En el mejor de los casos, la unidad real existente entre ambos momentos queda representada como una relación exterior entre ellos, en donde la teoría informa a la práctica y la práctica a la teoría en un más o menos que no logra definirse por su norma, esto es, como praxis.

Dada la forma del curso seguido originalmente para producir la representación lógica de un determinado concreto real, el proceso de reconocimiento desde el punto de vista social no necesita enfrentarse a este concreto mismo en su existencia real. Le basta con representarse a la representación original como consistentemente objetiva. La forma propia de dicho reconocimiento es la asimilación a la teoría existente. Luego, se trata de analizar los textos en que dicha teoría ha cobrado forma social objetiva.

Al detenerse ante la exterioridad de lo existente, la representación lógica lleva consigo la limitación consistente en que su propia objetividad no puede ir más allá de ser una interpretación de la realidad. Esta limitación a su alcance se ha tornado, hoy día, la vanagloria de la representación lógica. Se enorgullece de que, efectivamente, toda representación objetiva, es decir, de que toda construcción teórica, es una forma de interpretar la realidad existente, de interpretar al mundo, de una u otra manera. De donde resulta que, en cuanto proceso de reconocimiento desde el punto de vista social, se trata de interpretar al mundo de distintas maneras, interpretando de una u otra manera a tal o cual autor. Y, entonces, nos encontramos con la proclama de que la cuestión es interpretar al mundo a partir de interpretar a Marx de una manera u otra, como base para la organización de la acción superadora del modo de producción capitalista. Pero la impotencia para superar la interpretación es la negación misma de la capacidad para regir la acción mediante el conocimiento objetivo pleno de las propias determinaciones. La «libre interpretación» no es sino la forma ideológicamente invertida con que se presenta la ausencia de libertad respecto de las propias determinaciones, que implica regir la acción sin conocer esas determinaciones más allá de su exterioridad.²

²Tal como lo expresa Engels:

La libertad de la voluntad no es, pues, otra cosa que la capacidad de decidir con conocimiento de causa. Por lo tanto, cuanto más libre sea el juicio

De ahí la impotencia de cualquier representación lógica como forma de regir la acción portadora de la superación del modo de producción capitalista en cuanto esta superación consiste, en sí misma, en el desarrollo de la acción regida por la conciencia objetiva capaz de trascender toda exterioridad. No en vano, Marx opone directamente la interpretación a la necesidad de la acción transformadora: «Los filósofos no han hecho sino *interpretar* al mundo de diferentes maneras; de lo que se trata es de *cambiarlo*».³

La necesidad de la acción superadora del modo de producción capitalista nos pone, entonces, ante la otra forma existente de conocimiento objetivo, a saber, el conocimiento dialéctico, «la reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento».⁴

El conocimiento dialéctico no se detiene al enfrentarse a la exterioridad que le presenta el concreto, sino que recién reconoce a éste en su objetividad al penetrar virtualmente en él para apropiarse de su necesidad como una potencialidad a realizar. Lo cual lo empuja nuevamente hacia dentro de su objeto, para reconocerlo en su objetividad como portador de la necesidad de esa necesidad potencial. Continúa así preguntándose por la necesidad objetiva de su objeto, hasta encontrar a ésta bajo su forma más simple de existencia actual cuya necesidad potencial no es otra que la de trascender de sí, esto es, la de transformarse. El sujeto de la acción regida por el conocimiento dialéctico se encuentra entonces con que, para apropiarse de su propia potencialidad respecto de la de su objeto, necesita acompañar idealmente al desarrollo de la necesidad de éste hasta alcanzarla en su determinación como una potencialidad que tiene a la acción misma en cuestión por forma necesaria de realizarse.

El proceso dialéctico de conocimiento individual que se enfrenta a su objeto como a uno ya perteneciente al conocimiento social, no puede tomar como punto de partida la existencia de este conocimiento objetivado anteriormente, y representársela como la base de su propia objetividad. De hacerlo, dejaría de ser una reproducción de lo concreto en el pensamien-

de un ser humano respecto a una determinada cuestión, con tanta mayor necesidad va a estar determinado el contenido de ese juicio; [...] [la libertad] es, [...], necesariamente un producto del desarrollo histórico. (Engels, Friedrich (1878), «Herrn Eugen Dührings Umwälzung der Wissenschaft ("Anti-Dühring")», Marx/Engels Ausgewählte Werke, Dietz Verlag, Berlin, 1985, B. V, p. 128, traducción propia)

³ Marx, Karl, (1845), 11a tesis sobre Feuerbach: Thesen über Feuerbach, *Marx/Engels Ausgewählte Werke*, Dietz Verlag, Berlin, 1985, B. I, p. 200, traducción propia.

⁴ Marx, Karl (1857), *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie (Rohentwurf) 1857-1858*, Dietz Verlag, Berlin, 1953, p. 22, traducción propia.

to, para adquirir la exterioridad de una representación. Su propia forma lo fuerza a penetrar por sí –de manera virtual, demás está decirlo– en el concreto real mismo con que se enfrenta, para reproducir luego idealmente la potencialidad de éste como forma de regirse la acción del sujeto.

Lo que el conocimiento dialéctico existente provee a su reconocimiento no es más, pero ciertamente tampoco menos, que la posibilidad de enfrentarse al concreto sobre el que va actuar contando con una guía acerca de cuál es la necesidad que ha de buscar en él. Lo que para el conocimiento estrictamente original resultó una tortuosa búsqueda sin más guía que su propio ir y venir, para el proceso de reconocimiento resulta la posibilidad de preguntarse directamente acerca de si la necesidad en juego es esa ya conocida. Pero se trata sólo de una guía. Tan pronto como el proceso de reconocimiento descubre en su concreto singular una necesidad distinta de aquella a la que lo dirigía el conocimiento existente, o descubre una que trasciende de ella, necesita constituirse él mismo, de ahí en más, en un proceso de conocimiento puramente original. Por eso, cada reproducción individual del conocimiento dialéctico somete ineludiblemente a crítica al hasta entonces socialmente existente, haciéndole rendir cuentas de su vigencia como tal.

En *El capital*, Marx despliega por primera vez en la historia la reproducción en el pensamiento de la necesidad que determina la razón histórica de existir del modo de producción capitalista y a la acción de la clase obrera como la portadora de la superación revolucionaria del mismo en el desarrollo de la comunidad de los individuos libremente asociados; es decir, de los individuos capaces de regir su acción por conocer objetivamente sus propias determinaciones más allá de toda exterioridad aparente. Y lo hace dándole a ese conocimiento original una existencia social objetiva que lo torna apropiable por otros, la forma de un texto publicado.

A partir de *El capital*, toda reproducción en el pensamiento que avance sobre las determinaciones desplegadas en él, es un proceso de reconocimiento desde el punto de vista social. Pero, como ya he planteado en otra parte, «no se trata de leer *El capital*; ni siquiera de estudiarlo. Se trata, verdaderamente, de enfrentar por nosotros mismos a las formas reales del capital para reproducirlas idealmente, con la potencia que adquirimos al disponer de la reproducción ideal de las mismas desarrollada en *El capital*».⁵

Bien podemos decir, entonces, que contamos con una doble ventaja respecto de Marx para conocer objetivamente las potencias históricas del

⁵ Iñigo Carrera, Juan, *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*, Ediciones Cooperativas, Buenos Aires, 2003, p. 243.

modo de producción capitalista y la determinación de la clase obrera, o sea, nuestra propia determinación, como sujetos de su superación. En primer lugar, contamos con el producto del trabajo social de Marx para potenciar nuestro avance en la organización libre del proceso de vida humana. En segundo lugar, enfrentarnos al objeto concreto de nuestra acción, el capital, bajo formas mucho más desarrolladas históricamente que las que enfrentaba Marx en su tiempo. Formas concretas que existían entonces como potencias apenas insinuadas, requiriendo un enorme esfuerzo para descubrirlas –y en verdad Marx avanza sobre ellas de manera portentosa– se encuentran hoy a nuestro alcance como potencias desplegadas de manera plenamente presente. Todo lo cual nos marca nuestra responsabilidad como sujetos históricos cuya acción superadora del modo de producción capitalista pasa por la producción colectiva de la conciencia capaz de regir la propia acción con la potencia objetiva del conocimiento dialéctico.

Sin más intención que darle una expresión cruda a la relación crítica entre conocimiento y reconocimiento, también podríamos decir que, lo que importa, es lo que cada uno encuentra al desplegar su propio proceso de conocimiento dialéctico. Y lo es, justamente, porque lo que cada uno está produciendo es la organización de su propia acción como órgano de la vida social. Lo que encontraba Marx al hacer su desarrollo era el problema de Marx; lo que encontramos nosotros en el concreto real que enfrentamos, sea o no lo mismo que encontraba Marx, ése es nuestro problema.

La presente obra aspira a ser *usada*. Y, de hecho, su mismo proceso de gestación se ha alimentado de ese fin. Así como es el producto de largos años de elaboración solitaria –aunque ciertamente alimentados por la crítica irreductible del compañero Luis L. Denari–, también es, en buena medida, el producto de haber sido utilizada como herramienta en los grupos de trabajo organizados como forma de acción política, mía y de los demás participantes, no para *leer El capital*, sino para *usarlo* críticamente. En este sentido, se ha gestado como producto de un trabajo efectuado de manera directamente social, que ha desarrollado mi subjetividad individual como su autor.

Desarrollo la exposición en dos secciones. La primera refleja el curso que va siguiendo mi conocimiento a medida que avanzo sobre las formas concretas que enfrento en el proceso de regir conscientemente mi acción. La segunda refleja directamente el carácter de proceso de reconocimiento desde el punto de vista social, de las determinaciones conocidas originalmente por Marx en *El capital*. En ella, la propia búsqueda analítica y posterior despliegue de la necesidad van mostrando cómo avanzan encontran-

do su guía en el conocimiento ya existente, en tanto se enfrentan al mismo concreto que éste. De hecho, la segunda parte fue escrita antes que la primera, y fue base central para el desarrollo de ésta. De ahí que contenga el esbozo de aspectos y de modos de encarar la cuestión que alcanzan pleno despliegue en la primera parte. A riesgo de alguna repetición, he dejado esos esbozos expuestos a fin de acentuar la ligazón entre las dos partes del libro.

Ya el contraste formal entre las dos secciones de este libro pone de manifiesto el modo en que el conocimiento dialéctico se somete a su propia crítica cada vez que se reproduce acompañando la reproducción misma de su objeto y la de la necesidad de actuar sobre él. Allí donde me enfrente esencialmente a la reproducción del desarrollo presente en *El capital*, la primera parte se limitará a exponer la síntesis de ese desarrollo, necesaria para continuar avanzando. Allí donde mi proceso de conocimiento avance sobre formas que trascienden en su desarrollo concreto el punto alcanzado por Marx, así como donde avance encontrando determinaciones concretas que difieran de las encontradas por Marx a la misma altura, la primera parte cobrará vida original.

Por otra parte, y sin ánimo ni capacidad míos para emular a Cortázar, quien utilice la obra puede invertir sin problema el orden de las secciones, si la encuentra así más útil frente al modo con que se le presenta la necesidad de desarrollar su propio pensamiento.

El presente volumen constituye el primer paso en el desarrollo de la obra. Avanza sobre las determinaciones de la mercancía hasta reconocerla en su condición de forma más simple que toma la relación social general en el modo de producción capitalista. Lo cual equivale a decir que este primer paso avanza hasta reconocerse a sí mismo como expresión de la conciencia que se afirma en su libertad, no por negar abstractamente sus determinaciones, sino por conocer su necesidad en cuanto ésta la determina como una conciencia enajenada en las potencias sociales de su propio producto material.

A fin de reflejar el modo en que el proceso de reconocimiento desde el punto de vista social avanza como tal, utilizo la edición de *El capital* publicada por el Fondo de Cultura Económica, con traducción de Wenceslao Roces. Dada la escasa difusión que tiene hoy la traducción realizada por Juan B. Justo, su uso hubiera implicado para el lector una dificultad adicional en el trabajo de ubicar, dentro de la unidad de la exposición de Marx, cada paso dado en el proceso de poner de manifiesto cómo se avanza reproduciendo el curso seguido originalmente por él. Por otra parte, la edi-

ción utilizada era la única disponible de manera general en el momento en que inicié mi proceso de conocimiento. Más tarde, aparecida la edición de Siglo XXI con traducción de Pedro Scaron, la elección pasaba entre la versión de Rocés que ciertamente «plancha» el movimiento dialéctico, o la nueva, que refleja más claramente ese movimiento. Pero lo hace al precio de transformar «la formación económica de la sociedad» en «la formación económico-social», tan al gusto de quienes naturalizan las relaciones económicas al contraponerlas como distintas y complementarias de las relaciones sociales, de manera de poder presentar a la conciencia, inevitablemente naturalizada de este modo, como si se moviera en el mundo nebuloso de la «autonomía relativa» de las superestructuras. De todos modos, la calidad de ambas es más que suficiente para poder seguir sin mayores tropiezos el desarrollo original. Pero, más allá de que cada uno pueda encontrar una edición más o menos ajustada o fluida que la otra, en esencia, no es esto lo que importa. La cuestión es que la lectura crítica de *El capital* impone enfrentarse al capital como tal. De modo que ninguna dificultad imputable al texto original o a sus traducciones puede constituirse en una barrera infranqueable al desarrollo de la necesidad de regir la propia acción con pleno conocimiento objetivo de causa, ni servir de excusa para soslayar esa necesidad.

Todos los énfasis o subrayados incluidos en las citas bibliográficas corresponden a sus originales, no habiendo agregado ni suprimido ninguno. Los textos originales intercalados para claridad están indicados entre corchetes []; los textos agregados para conservar la ilación, así como algunas observaciones respecto de las traducciones, entre corchetes dobles [[]]